

## CAPÍTULO III

Ometecuhli.—Dualismo.—Creación de los cielos.—El camino de los muertos.—El sol.—Tonacateuhli.—Tonatiuh.—Tzontemoc.—Mictlantecuhli.—El fuego.—Ixcozauhtli.—Cipactli.—Oxomoco.—Xiuhtecuhtlitletl.—Tlaloc.—Chalchiuhtlicue.—Quetzalcoatl.—La estrella de la tarde.—Tezcatlipoca.—La luna.—Lucha mitológica de los dos astros.—Los soles explicados por esta lucha.—La representación de los tres astros.—Totec.—La tierra.—Tonacacihuatl.—Coatllicue.—Chimalma.—Xochiquetzal.—Centeotl.—Dioses infernales.—Significación astronómica de los cuatro signos cronográficos.—Mixcoatl.—La vía-láctea.—Creación del hombre.

Una de las labores más difíciles al escribir nuestra historia antigua, y acaso por tal motivo hasta ahora no se ha emprendido, es deslindar lo que corresponde á cada época y á cada civilización. Primero hay que separar de las tradiciones indias lo que á ellas mezclaron de las ideas que los españoles les trajeron, pues casi todos los antiguos relatos han llegado á nosotros con esa adulteración, y después hay que ir separando lo que á cada pueblo corresponde, de lo que había recibido de los anteriores. Los primeros cronistas nos refirieron lo que sabían de la civilización mexicana, que no era más que el producto de las que le antecedieron. Y hay que observar desde ahora que en la época mexicana la vieja cultura nahoa había degenerado. Pudiera decirse que conocemos únicamente la historia de los mexicanos y de los pueblos sincrónicos, y muy difícil es aventurar la reconstitución de las primeras sociedades.

Sin embargo, estudiando los datos verdaderos de que podemos disponer, nos hacemos cargo de que los nahoas fueron una raza inteligente que llegó á gran adelanto. No debe pretenderse que los pueblos primitivos alcanzaran las ideas absolutas que hemos llegado á conocer con el transcurso y el estudio de muchos siglos; y no obstante, los nahoas creían en un creador de todas las cosas. Nombrábanle *Ometecuhli* y lo colocaban en la región más alta de los cielos, en un lugar llamado *Omeyócan*. Pintábanlo sentado en un *icpalli* real, adornado de riquísimas plumas y de los símbolos de la luna y de la estrella de la tarde, teniendo sobre la frente, en su tocado, el signo de la luz. Poníanle detrás, para representar su nombre jeroglífico, según era costumbre, un *copilli* ó corona real, queriendo así expresar que era el dios principal, el rey de los dioses.

Mas los nahoas no pudieron alcanzar la idea de la

unidad en su dios creador. Viendo que todo en la naturaleza se reproduce por un par, creyeron lógico hacer par á su primera divinidad, y por eso la llamaron *Ometecuhli*, que quiere decir *dos señores* ó *señor dos*; es decir, que el creador nahoa era uno y dos á un mismo tiempo: uno, como la primera divinidad; dos, para producir todo lo creado; y como para insistir en la idea lo colocaban en lo más alto de los cielos, en el *Omeyócan*, que quiere decir *dos lugares* ó *lugar dos*. Nació así, como principio de aquella teogonía, un dualismo especial; no el dualismo asiático de los dos elementos contrarios del bien y del mal, sino que un solo sér era al mismo tiempo dos, lo que no se puede explicar de mejor manera que comparándolo con la idea de la trinidad cristiana. Este dualismo nahoa se extiende á dar á cada dios casi siempre una diosa para formar el par. De manera que aquella religión toma desde su origen un carácter suyo y especial que la distingue de las de los otros pueblos antiguos.

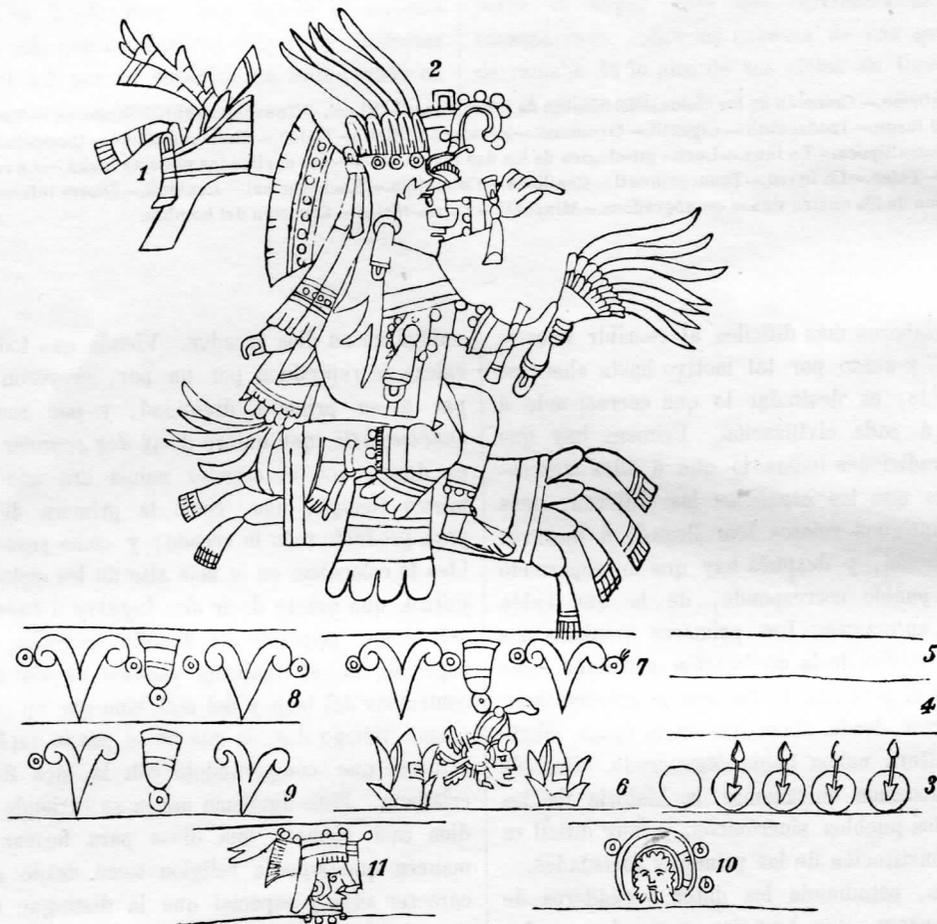
La primera obra del *Ometecuhli* fué la creación de los cielos, que está representada en la primera pintura del código Vaticano.

Está el *Ometecuhli* en la parte superior adornado de la manera que hemos dicho, con el rostro de su color natural y las manos amarillas, para expresar su dualidad y sus dos sexos, pues en los jeroglíficos se usa el color natural al representar á los hombres y el amarillo para las mujeres. El primer cielo creado es el que está inmediatamente debajo del dios y en el lado derecho de la pintura: se llama *Teotlatlauhco*, que significa *la mansión roja de los dioses* ó *el dios rojo*. En el original está este cielo pintado de rojo y hay en él los signos de los rayos de luz. También expresa que la primera creación fué el fuego rojo. Inmediatamente

debajo de él está el segundo cielo creado, que se llama *Teocoauhco* ó *mansión amarilla de los dioses* ó *dios amarillo*. Es en efecto de ese color, también con rayos, y expresa la creación del dios amarillo, que es el sol. El tercer cielo creado es blanco, con rayos, y sigue á la izquierda en la parte superior: se llama *Teoixtac*, *mansión blanca de los dioses* ó *dios blanco*, y expresa la creación de la estrella de la tarde. Estos tres cielos, según la leyenda del códex Çumárraga, se cayeron en las tres grandes catástrofes ó soles; pere-

cieron en ellas para los hombres de la tierra y quedaron reservados para mansión de los dioses.

Preciso era poner un espacio que dividiese esos cielos de los dioses, de aquellos que podían estar á la vista de los hombres, y entonces formó el *Ometecuhli* el *Itzapannanatzcáyan*, que quiere decir literalmente: *lugar en que crujen las piedras que están sobre el agua* ó *en donde truenan los granizos ó piedras de agua*. Este cielo está en la pintura inmediatamente debajo del anterior y se ven en él á *Mictlantecuhli*,



Creación de los cielos

dios de los muertos, y dos *tzompanxóchitl* ó flores amarillas de las tumbas.

Ocultos estaban los cielos superiores ó divinos y se procedió á formar los inferiores, los que están á la vista del hombre. Siguen en la pintura, á la izquierda. Primero se formó el superior que es azul y se llama *Ilhuicatl Xoxouhco*, el *cielo azul*, el cielo que se ve de día. Ya aquí se usa de la palabra *ilhuicatl*, que es el firmamento. Se formó después y sigue debajo del anterior el *Ilhuicatl Yayauhco*, que quiere decir *cielo oscuro*, y es el cielo de la noche. En la pintura es de color verdinegro. Formados los cielos del día y de la noche se pasó á los de los astros. Debajo del precedente está el *Ilhuicatl Mamaloaco*, el *cielo que se*

*hiende* ó *taladra*. Se ven en él unos círculos con unas flechas que representan á los cometas, llamados por los nahoas *citlalintamina*, que quiere decir *la estrella tira saeta*. Es el cielo de los cometas, que como se pierden á la vista hacen suponer que están en el lugar más lejano del firmamento.

En la parte inferior de la pintura, á la derecha, sigue un cielo llamado *Ilhuicatl Huitztlan*, que quiere decir *el cielo del sur*. El dios blanco que se ve en él con un plumero verde de *quetzalli* es *Quetzalcoatl*, la estrella de la tarde. El color del cielo es de un verde menos oscuro que el de la noche, un cielo de que no se han apoderado completamente las tinieblas, el cielo del crepúsculo en que aparece la estrella. A su

lado está el cielo del sol, el *Ilhuicatl Tonatiuh*: es amarillo porque es la mansión del dios amarillo, el de los rayos de oro.

Los dos últimos cielos están en la pintura siguiente, y se ven de tal manera juntos que parecen uno solo: el superior es el *Ilhuicatl Tetlaliloc*, el cielo del vacío, el de las estrellas que están en él pintadas y de las lluvias, manifestadas por gotas de agua que se unen al otro cielo, que es el *Ilhuicatl Tlalócan Metzli*, el cielo de la luna. Es azul y en él se ve claramente al astro junto al símbolo del viento, *chécatl*, manifestando que la luna está en el cielo de las nubes y en el aire de nuestra atmósfera, como lo creían los nahoas.

Según estas creaciones, primero fué formado el fuego en el *Teotlatlauhco*, después el sol en el *Teocozauhco*, luego la estrella de la tarde en el *Teoixtac* y al fin la luna en el *Itzápan*.

Resultan trece los cielos de los nahoas, de acuerdo con uno de sus principales números simbólicos.

1.º y 2.º—*Omeyócan*, cielo doble del dios dos.

3.º—*Teotlatlauhco*, mansión roja del dios del fuego.

4.º—*Teocozauhco*, mansión amarilla del sol.

5.º—*Teoixtac*, mansión blanca de la estrella de la tarde.

6.º—*Itzápan Nanatzcáyan*, mansión del dios de los muertos y cielo de las tempestades en que vive la luna.

7.º—*Ilhuicatl Xoxouhco*, el cielo azul que se ve de día.

8.º—*Ilhuicatl Yayauhco*, el cielo oscuro de la noche.

9.º—*Ilhuicatl Mamaloaco*, el cielo en que se ven los cometas.

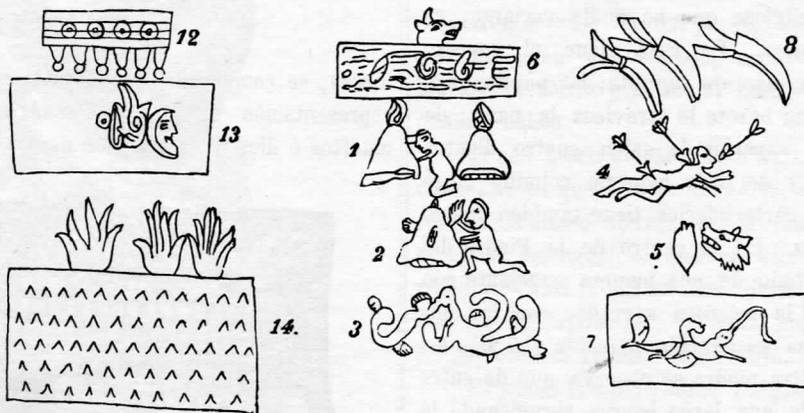
10.—*Ilhuicatl Huitztlan*, el cielo en que se ve la estrella de la tarde.

11.—*Ilhuicatl Toñatiuh*, el cielo en que se ve el sol.

12.—*Ilhuicatl Tetlaliloc*, el espacio, ó *Citlalco*, el cielo en que se ven las estrellas.

13.—*Ilhuicatl Tlalocatipan Metzli*, el cielo en que se ve la luna y en el cual están las nubes y el aire.

Después de los cielos creó el *Ometecuhtli* la tierra, que está en la segunda pintura del código Vaticano en forma de un cuadrado con su color propio y brotando de ella las plantas que produce. Se ve en seguida el camino de los muertos, como si el creador



Camino de los muertos

nahoa no hubiera creído completa su obra hasta haber formado la última mansión de sus criaturas. Pero reservamos la explicación de ese camino para lugar más á propósito.

Ahora bien, ¿el creador nahoa era un sér espiritual? Sería mucho exigir de un pueblo que vivía en los primeros años de la humanidad. El creador *Ometecuhtli* era el sol: la religión nahoa era esencialmente astronómica.

En efecto, si se compara la figura de *Ometecuhtli* con la que tiene el sol *Tonacatecuhtli* en varias pinturas se observará que es la misma. Así se ve en el código Borgiano, en el cuadro que representa la creación del *Cipactli*. Es el mismo dios con el mismo *copilli* detrás, significando que es el señor de los otros

dioses, con los mismos atributos y con igual forma; pero allí es, según Fábrega, el *Tonacatecuhtli*, el señor de nuestra carne, la primera criatura convertida en creador, ó más bien el creador siendo la primera criatura de sí mismo. Las dos figuras son iguales porque los nahoas creían que todo lo había formado el sol; pero no comprendían que la unidad pudiese crear, y entonces, haciendo del mismo sol una idea abstracta, se forjaron un creador de él, que tenía al mismo tiempo los dos sexos, que era uno y dos y que no dejaba de ser el mismo sol. Por eso cuando querían representar al *Tonacatecuhtli* no le ponían las manos amarillas para que expresase un solo sexo; y, por el contrario, lo pintaban con ellas cuando había de significar el poder creador de ambos sexos, el dios dos, el *Ometecuhtli*.

*Tonacatecuhtli*, que es el nombre del sol cuando á su vez es creador de las otras criaturas, significa *el señor de nuestra carne ó el señor que nos alimenta*. Los nahoas comprendían los efectos benéficos del sol sobre las sementeras y sobre todos los seres de la tierra y le atribuían con razón la virtud vivificadora que expresaban con su nombre.

Para significar el sol como astro, de su nombre de *Tonacatecuhtli* formaron *Tonatiuh*. Lo representaban entonces por un círculo, porque el astro se manifiesta redondo á la vista, y hacia la circunferencia repartían simétricamente y alternados unos signos en figura de A y otros en forma de aspas. Tenemos ya al sol como creador con el nombre de *Ometecuhtli*, como vivificador con el de *Tonacatecuhtli* y como astro con el de *Tonatiuh*. La figura de éste se ve en la Piedra del sol.

Mas el astro, al terminar su carrera diurna, se oculta detrás de la tierra y entonces lo llamaban los nahoas *Tzontemoc*, que quiere decir *el que cayó de cabeza*. De ninguna manera podemos formarnos mejor idea de esta nueva fase teogónica del astro que refiriéndonos á la piedra de Tuxpan que lo representa.

Este ídolo es uno de los relieves más notables que nos dejaron los antiguos moradores del país. La figura, sin perder el tipo religioso que no podía variarse, es verdaderamente artística. La cara tiene el aspecto feroz del dios, con la máscara sagrada; las pupilas son grandes y redondas; un bezote le atraviesa la nariz; de en medio del labio superior le salen cuatro dientes cuadrados y parejos, y de cada lado un colmillo largo y puntiagudo; en la parte inferior tiene también cuatro dientes y dos colmillos. En el centro de la Piedra del sol está éste representado de una manera semejante con una cara ornada de la máscara sagrada, con las dos orejeras redondas, una gargantilla parecida y á más los dientes: y en una y otra piedra se observa que de entre los labios del sol sale una larga lengua significando la luz del astro. Pero si se observa el dios de la Piedra del sol con sus dos garras de águila, se ve que está en el zenit como cerniéndose en la mitad del firmamento, mientras que en la de Tuxpan, el dios, que tiene las mismas garras en los piés y las manos, está en actitud de bajar: aquél es *Tonatiuh*, éste es el sol que va á desaparecer, es *Tzontemoc*. Esta idea está expresada también y de manera admirable, en la unión de la lengua del astro á otra bífida que se ve debajo de ella. Así como la lengua significa la luz del sol, la bífida era representación de la luz de la estrella de la tarde, y la unión de ambas lenguas ó luces manifiesta la hora del crepúsculo, en que la estrella brilla con sus primeros rayos en el Poniente, mientras el astro del día lanza los últimos al hundirse detrás del horizonte.

Continuando con la figura de la Piedra de Tuxpan, observamos en ella, alrededor de su frente y en vistoso

adorno, un abanico de veintidos rayos, de figura semejante al que tienen las divinidades infernales en el código Vaticano; y como este adorno no lo usan los demás



Mictlantecuhtli

dioses, se comprende que el sol tiene aquí también la representación de *Mictlantecuhtli*, el señor de los muertos ó dios de la mansión de los muertos. El motivo



Tzontemoc

de esta transformación es muy fácil de explicar; pues creían los nahoas que cuando el sol se hundía en el

Occidente iba á alumbrar á los muertos, á ser el señor de la mansión de los muertos, el *Mictlantecuhltli*. Los nahoas, como los egipcios, al contemplar que el sol desaparecía en las tardes detrás del horizonte, juzgaron que se iba al mundo subterráneo, y como allí se figuraban que estaba el *Mictlan* ó mansión de los muertos, decían que el sol en la noche los iba á alumbrar. Así el dios astro, *Tonatiuh*, se convierte en *Tzontemoc* al caer la tarde y por la noche en *Mictlantecuhltli*.

Pero además el sol es el fuego que da calor á la tierra y entonces se confunde con el dios de ese



Ixcozauhlti

elemento, del cual después hablaremos. Toma en las pinturas su color rojo y por nombre *Ixcozauhqui*, que Sahagún interpreta *cariamarillo*, traducción generalmente admitida; pero otro es el verdadero significado de la palabra y por cierto muy interesante. Compónese de *ixtli* y de *cozauhqui*: *ixtli* significa entre otras cosas la luz y se escribe también *ixtli*; en cuanto á *cozauhqui* no solamente quiere decir amarillo, sino también rubio: «*cocauhqui*, cosa amarilla ó ruia.» Así toda la palabra significa: luz amarilla, rubia, de oro; la luz del sol, el sol mismo. El señor Orozco, como Torquemada, le llama el dios rojo ó bermejo. Confúndense, pues, en uno solo el fuego y el sol, y son en este caso el *Ixcozauhqui*, el fuego del sol. Existe en el Museo una

hermosa estatua de piedra roja sentada en un pedestal de la misma piedra: confúndense en ella los atributos del sol y del dios del fuego; se ven sobre ella la conocida aureola de ondas de este dios y varios signos cronográficos referentes á aquel astro; en el pedestal están los símbolos del firmamento: la estatua representa á *Ixcozauhqui*.

Tenemos ya al sol representado por su fuego y por su luz, y desde este momento se nos va á manifestar á su vez como creador. Siguiendo siempre la idea de la dualidad y de que solamente un par podía producir creaciones, al sol *Tonacatecuhtli* le dieron por mujer á la tierra, *Tonacacihuatl*; y cuenta la leyenda que tuvieron por hijos á *Quetzalcoatl*, la estrella de la tarde, y á la luna, *Tezcattlipoca*; que pasaron seiscientos años después de la creación de los dioses, y estaba el mundo sumergido en un océano de tinieblas; y que de acuerdo *Tonacatecuhtli*, *Tonacacihuatl*, *Quetzalcoatl* y *Tezcattlipoca*, hicieron el fuego y de él un medio sol. Este medio sol es la misma estrella de la tarde hicieron á un hombre y una mujer, *Cipactli* y *Oxomoco*, y luego formaron los días. Después fueron creados los cielos y los dioses de los muertos, *Mictlantecuhltli* y su mujer *Mictlancihuatl*, y al fin los hombres macegales; y no colocaron á éstos en un paraíso de ociosidad sino en el sublime edén del trabajo, mandando que el hombre labrase la tierra y la mujer hilase y tejiese. Tal es el génesis nahoas.

¿Pues quién es ese *Cipactli*, creado antes que los cielos, antes que *Mictlantecuhltli*, es decir, antes que el sol se ocultase detrás de la tierra y antes que los hombres macegales, que en ella habian de vivir y trabajar? Los cronistas nos dicen que es una figura á manera de *espadarte*, y nada nos explican; pero los jeroglíficos nos revelan el misterio.

El jeroglífico del código Borgiano es un cuadro en que se ve en primer término al *Tonacatecuhtli* ó *Ometecuhltli*, al sol como creador. El dios está sentado en un *teoicpalli* ó silla de los dioses; está representado por el carácter figurativo hombre, es decir, por una figura humana; se le contempla lujosamente ataviado y se distingue por un atributo que le es particular y que no tiene ningún otro dios, por su tocado, que lo forma la misma figura del *Cipactli*. En esta parte del código Borgiano se trata de las diversas creaciones, pues más adelante se ven la de la estrella de la tarde, la de la luna, etc. La primera creación fué *Cipactli*, y *Cipactli* era el atributo del creador: ¿qué es, pues, ese sublime mito que distingue al hacedor nahoas y que es lo primero que sale de la nada? Es la luz, el sol considerado como luz; es el primer día de la creación, los primeros rayos que atravesando las espesas nubes que rodeaban la tierra naciente, cayeron sobre los mares que empezaban á extender en calma sus azuladas ondas mientras la

vigorosa vegetación primitiva brotaba en los islotes como rica esmeralda en un lecho de turquesas. Entonces en el cielo se desplegó el manto azul del infinito; lo que antes era noche fué vida; y por eso los nahoas hicieron de la luz la primera creación; inventaron también su *fiat lux*, y con ella coronaron á su dios creador. ¡Qué himno! La luz formando el tul del cielo, dejando ver por vez primera las aguas de los mares y los bosques de la tierra y en sus sublimes vibraciones haciendo sonar el nombre del Creador, luz; mientras el primer sol, saliendo



Creación de Cipactli y formación del calendario

de la primera aurora, daba el primer instante de vida á nuestra pobre tierra! Ese poema es *Cipactli*.

¿Qué es entonces esa figura de *Cipactli* que por extraña ya la llamaban una culebra retorcida, ya una cabellera, ya la mandíbula de un *espadarte*? Es un rayo de luz desplegándose y vibrando en el infinito.

Veamos la etimología de esta palabra sagrada que nos abre el templo de los misterios de la religión nahoa.

*Cipactli*. La letra *i* es la raíz de la luz en la lengua náhuatl. Así *i-xi* son los ojos, é *i-ztli* es la obsidiana cuya punta semeja los rayos del sol, por lo que significa también la misma luz. *Pac* es una preposición que quiere decir encima, arriba. Así *ipac* es la luz de lo alto, y este nombre se da á la luz de la luna. Si le interponemos el numeral *Ce*, uno, nos dará *Ce-ipac* y por contracción *Cipac*, que es la primera luz de arriba, la primera luz creada. Agregando el sufijo *tli* para significar un sér viviente, personificaremos la luz en el dios *Cipactli*, y si en lugar de ese sufijo agregamos la voz *tonal*, día, tendremos *Cipactónal*, el día en que alumbró la primera luz, el primer día de la creación. Y como el sol es el astro que da la idea perfecta de la luz, el sol fué *Cipactli*, y bajo otro aspecto *Cipactónal* fué el día.

Pero en este mito debió venir también la idea de la dualidad, y *Cipactónal* tuvo por mujer á *Oxomoco*. Si *Cipactónal* es el día, *Oxomoco* es la noche: si *Cipactli* es el sol, *Oxomoco* es la tierra. En efecto, *xom-iti* es pié, *o-tli*, camino, y *co* preposición de lugar; de donde viene *Xomoco*, y cuando se quiere dar más fuerza á la expresión *Oxomoco*, repitiendo el lugar, el camino. Así encontramos en los cronistas escrito, ya *Xomoco*, ya *Oxomoco*, y á ocasiones *Xomico*. Quiere, pues, decir el nombre: *el lugar que sirve de camino á los piés*, la tierra.

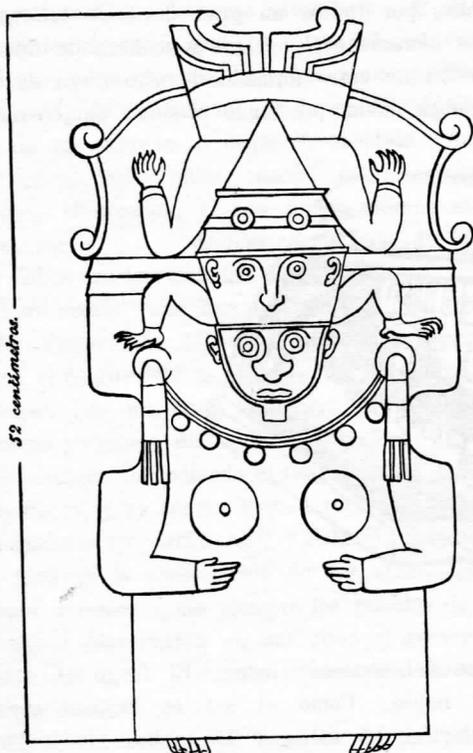
En el jeroglífico del códice Borgiano, á la derecha de la creación del *Cipactli*, se ve á un hombre y una mujer envueltos en una manta: manifiestan estar procreando; son los mismos *Cipactli* y *Oxomoco*, y el asta que de en medio de ellos sale es la flecha del tiempo que se encuentra en todos los monumentos cronológicos del sol; y aquí manifiesta que de la unión y combinación del día y de la noche se formó el tiempo. Por eso se decía que *Cipactli* y *Oxomoco* formaron el calendario.

Los nahoas, queriendo personificar sus ideas como todos los pueblos antiguos, hicieron un hombre real de *Cipactli* y una mujer de *Oxomoco*, y decían que eran grandes agoreros y astrólogos, por lo cual en el *Tonalámatl* los pintaban en figura de buhos.

Hemos visto que el sol al caer la tarde se convierte en *Tzontemoc*, y que éste tiene el rostro semejante á *Miclantecuhctli*. Esto se confirma comparándolo con el relieve que existe en el Museo. Bien conocida es esta antigüedad, y de ella hizo la descripción el sabio Gama. En ella se ve el mismo rostro con la misma máscara sagrada; las dos grandes orejas redondas á manera de discos de oro; los cuatro dientes; las piernas y los brazos, notándose en éstos todavía restos de las garras. Pero se observa la ausencia de la lengua, y esta circunstancia se liga con el matrimonio simbólico de *Cipactli* y *Oxomoco*: sublime concepción de los nahoas, en la cual el sol hundido en la tierra durante la noche para volver á salir al nuevo día por el deslumbrador Oriente, en un estrecho abrazo con la tierra y bajo una misma manta producen la flecha del tiempo, significando esta verdad científica: la cronología se ha formado de las relaciones que hay entre las diversas posiciones del sol y la tierra. No han aprendido más los sabios modernos. Los poetas antiguos no cantaron nada más grandioso que esta unión íntima del sol y de la tierra, que este matrimonio de *Cipactli* y *Oxomoco*, que estos amores de la luz y de las tinieblas, del día y de la noche, que tuvieron por hijo al tiempo.

Pues bien, tenemos también en Tuxpan un precioso monumento que representa la puesta del sol y que nos explica cómo en este admirable matrimonio, al convertirse el *Tzontemoc* en *Miclantecuhctli*, pierde la lengua, símbolo de la luz. *Tzontemoc* es el sol que se hunde; pero que está todavía sobre el horizonte despi-

diendo sus últimos rayos de oro, cuando la estrella de la tarde empieza á brillar con sus primeras temblorosas luces. Por eso se le ve todavía la lengua. Pero se



La puesta del sol

hunde y se apagan sus rayos: es *Miclantecuhltli*, y ya no tiene la lengua de la luz.

El monumento de que venimos hablando es un monolito de figura convexa: el sol, el *Cipactli*, de la misma figura que el *Tzontemoc*, baja á confundirse y confunde su rostro con el de *Oxomoco*, la tierra: ya no hay más que una boca; pero de ella ya no sale la lengua, símbolo de la luz, que con la noche ha desaparecido. Si se examina bien el dibujo se verá que hay tres partes distintas en la piedra. La inferior, que es la más grande, representa á la mujer *Oxomoco*, la tierra: se ven sus dos piés, se distinguen los cinco dedos de cada uno, y lo mismo sucede con las manos; aparece cubierta con una gran camisa, aunque se distinguen sus grandes y redondos pechos; dos grandes orejeras con colgajos, la gargantilla con las seis cuentas y uno como bezote en la barba son sus adornos; su rostro parece cubierto con la máscara sagrada. La segunda parte la forma el sol con sus brazos con garras de águila; confundándose de tal manera el *Cipactli* con la figura de la *Oxomoco*, que en ella hunde y pierde su boca. La parte superior, de labrados artísticos, figura una como atmósfera de llamas, y en el centro está la punta de la flecha, el *itzli* de la luz, con dos ojos y con dos brazos con las garras del *Cipactli*. Y unidas las tres partes tenemos completa la flecha del tiempo. Se ve, pues, que esta piedra

es la representación del matrimonio de los dos astros, que los nahoas llamaban *omeycualiztli*. En Tuxpan creen que el monolito representa el Génesis: sí, representa el Génesis; pero no el de la mísera humanidad sino otro más grandioso, el génesis de la luz, la creación del tiempo: ¡ese monumento es la primera piedra miliaria del sagrado camino que se llama eternidad!

Para concluir con este punto de la luz y su creación, haremos observar que en la verdadera piedra del sacrificio gladiatorio, que aun permanece enterrada frente al Palacio Nacional, en el centro de sus relieves pintados está el *Ometecuhltli* creando al *Cipactli*. El sol tiene su tocado distintivo y alza la cabeza al cielo en donde brota la luz primera.

Esta primera creación, como ya hemos dicho, fué confundida en la religión nahoas con la del primer hombre. Generalmente se dice que este primer hombre fué *Tonacatecuhltli* ó *Cipactli*; y que la primera mujer fué *Tonacacihuah* ó *Oxomoco*. Observamos en esto un hecho interesante: los nahoas en sus ideas primitivas y puras de toda influencia posterior eran monogenistas; para ellos la raza humana descendía de un primer par.

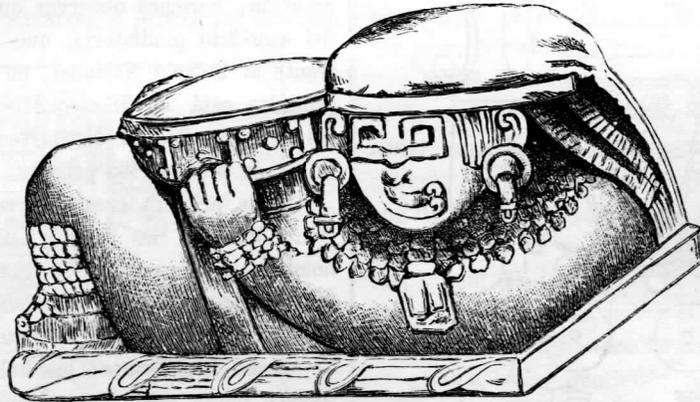
Para terminar con el sol diremos que si *Tonacatecuhltli* es el *Izpacctli* ó *Cipactli*, pues la idea del sol y de la luz debía ser una misma para los pueblos primitivos, y por eso se llama también al sol *Tlatizpaque*, el que envía la luz á la tierra, como astro vino especialmente á ser el señor del día, y así como de *Tonacatecuhltli*, el dios que nos alimenta, se hizo *Tonatiuh*, nombre del astro, de éste se formó *Tonalli* para designar el día.

Pasemos ahora á hablar del fuego, y tenemos que considerarlo en la teogonía nahoas de dos maneras, como elemento y como lumbre del hogar.

Era *Xiuhtecuhtlitletl* el dios del fuego, deidad del año y señor del tiempo. Sin embargo, no se habla de él en las crónicas tanto como de *Tezcatlipoca* y *Huitzilopochtli*; y no es de extrañarse, pues en las evoluciones de la religión nahoas quedaron preponderando ciertos dioses en virtud de las luchas históricas, y el pueblo dió casi al olvido sus deidades primeras. Así Sahagún no considera al sol como dios, y Herrera cuenta que no le daban tanta adoración como á *Huitzilopochtli*. Cronistas hay que aseguran erróneamente que el sol no tenía ídolos ni templos. Apenas si se habla de *Tonacatecuhltli*, y menos del *Ometecuhltli*: todo lo que constituía la religión primitiva estaba relegado á los santuarios y era casi desconocido de la multitud. Por esta razón en varias historias ni se menciona á *Xiuhtecuhtlitletl*, y Sahagún lo coloca entre los dioses menores: no obstante, Motolinía dice que al fuego «tenían y adoraban por dios, y no de los menores, que era general por todas partes.» Era, en efecto,

uno de los dioses primitivos de la religión nahoá, y hemos dicho que antes de que fuesen creados los cielos, lo fué el fuego: por lo que se llamaba también *Huehuetcoatl*, que literalmente significa *el dios viejo ó antiguo*. Hemos visto cómo el sol, por su calor, se confunde con este dios, y ambos se llaman *Ixcozauhqui*; y por ser anterior á las creaciones, se confunde también con el *Ometecuhtli* ó creador. Por lo mismo lo repre-

sentaban con corona de labores diversas y vistosos colores, ornada de penachos de plumas á manera de llamas de fuego, borlas de plumas, orejeras de turquesas, á la espalda un dragón de plumas amarillas con caracoles del mar, por rodela un gran disco de oro con cinco piedras *chalchihuitl* puestas á manera de cruz, y en la diestra un cetro formado de otro disco de oro con dos globos encima, estando el disco agujereado en el



Xiuntecuhtlitlel

centro para que por él viese el dios. Esta era la manera expresiva de significar que por el sol reparte el dios su fuego al universo.

En el códice de Oxford, en la undécima pintura, hay un hombre con dos rostros en actitud de ir por los aires, de atravesar el espacio; y en la pintura anterior, debajo del universo que el sol alumbra, en cuyo centro está la tierra y por el cual hacen su trayecto la estrella de la tarde y la luna, está como base de todo ese edificio celeste el dios bermejo con dos caras rojas que salen del símbolo del agua. Suficiente parece esto para afirmar que los nahoas creían que el fuego era el agente creador cosmogónico, el *Ometecuhtli*.

Pero encontramos al fuego sobre el agua, y esto exige una nueva explicación. Solamente podemos hallarla en Sahagún, y no en el relato del venerable historiador, sino en uno de los elocuentes razonamientos que reproduce, y que el *tecuhtli* ó señor hacía á sus hijos cuando habían llegado á la edad de la discreción. «Pone, dice hablando de los gobernantes, en sus manos el cargo de regir y gobernar la gente con justicia y rectitud, y los coloca al lado del dios del fuego, que es el padre de todos los dioses, que reside en el albergue de la agua, y entre las flores, que son las paredes almenadas, envuelto entre unas nubes de agua. Este es el antiguo dios que se llama *Ayamictlan* y *Xiuntecuhtli*.» Estas pocas líneas nos van á dar mucha luz.

Los nahoas concebían la idea de un sér creador, el primero de los dioses, el padre de ellos, y por eso le llamaban *Huehuetcoatl*, el dios viejo; pero no alcanzaron á espiritualizar á este sér creador, sino que lo

formaron del elemento fuego. El fuego es, pues, el creador nahoá. Como el sol es la más espléndida manifestación del fuego y los nahoas habitantes de las costas del Pacífico lo veían hundirse todas las tardes entre las ondas del Océano, le dieron por mansión el agua. Él creó al sol, á la tierra, á la estrella de la tarde y á la luna; y así es el *Ometecuhtli*. Mas aquí le encontramos un nuevo nombre, el de *Ayamictlan*, y tiene también el de *Cuecáltzin*: del primero nadie da explicación y sólo Sahagún lo menciona; y éste y el señor Orozco traducen el segundo por *llama de fuego*.

Este segundo nombre está mal escrito, es *Tlecucáltzin*, que quiere decir: el señor de la casa de las llamas de fuego ó que echa de sí llamas de fuego. Por eso lo pintaban, según dice Sahagún, con un disco agujereado en el centro para que por ahí pasase el fuego: este disco era el sol, astro por el cual se comunica el calor, el fuego á la tierra; y el poniente *calli*, casa, el mar del Pacífico, era para los nahoas la casa del sol, y el dios bermejo estaba sobre el agua. Del dios del fuego bajo su aspecto de *Tlecucáltzin*, hay tres hermosas estatuas y existe en el Museo una figura de oro. En todas ellas el dios tiene en las manos el disco agujereado que representa al sol. Refiriéndonos únicamente ahora á la que existe en el jardín de la casa de Barrón, en Tacubaya, diremos que se ve al dios como en actitud de estar metido en un baño, lo que se confirma con la parte inferior de la piedra en que están labrados los signos del agua y algunos animales acuáticos, como conchas, caracoles

y ranas. El dios tiene en sus manos el disco, y éste se ve adornado de varios puntos cronográficos que no dejan duda de su referencia al sol.

Volviendo al primer nombre citado, *Ayamictlan*, le encontramos una hermosa etimología. *Mictlan* es el lugar de los muertos, que los viejos cronistas llamaban el infierno: es la idea más completa y más perfecta de la destrucción, de la muerte, de la nada. *Ayac* es una partícula que expresa la negación absoluta. Así es que *Ayamictlan* tanto quiere decir, como el que nunca destruye, el creador; el que nunca muere, el eterno. Puede, por lo mismo, decirse que la base de la cosmogonía nahoá era la eternidad de la materia.

Pero hemos visto que los cuatro dioses *Tonacatecuhli*, *Tonacacihuatl*, *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca*, crearon el fuego: este es el fuego de la tierra, el fuego del hogar. Nos manifiesta la manera con que lo hicieron, la pintura ya citada del códice de Oxford: allí se ve á tres sacerdotes encendiendo el fuego por la frotación de dos maderos, y un cuarto llega á recibirlo. Llamábanse estos maderos *mamalhuaztli*, y Sahagún cuenta que de ellos hicieron la constelación de los *mastelejos*. Más adelante veremos como siempre los pueblos de civilización nahoá conservaron en sus ritos el recuerdo de la creación del fuego y cuánta importancia daban á este elemento creador.

Entre los nahcas fué también de los primeros el dios *Tlaloc*. Esta divinidad representa el elemento agua. Su nombre viene de *tlalli*, tierra, y de *octli*, vino de maguey, llamado hoy pulque, porque las lluvias son el vino que vivifica y refresca la tierra. *Tlaloc* era el dios de las lluvias y las tempestades; y ahora que ya conocemos al dios de los muertos, *Mictlantecuhli*, se comprenderá que el cielo, *Itzápan Nanáxcayan*, en que truenan las piedras sobre el agua, es la mansión de *Tlaloc*, el lugar mortuario *Tlalócan*, que los cronistas llaman paraíso por oposición al *Mictlan*. Así como en éste se esconde el sol, en aquél la luna, y así como el fuego crea al sol, *Tlaloc* ó el agua es padre de la luna.

Pintaban á *Tlaloc* en figura de un hombre bien formado, con diadema de plumas blancas y verdes y adorno de plumas blancas y rojas; el pelo largo caído sobre la espalda; gargantilla verde; túnica azul adornada de una red con flores en los extremos de las mayas; los brazos desnudos con pulseras de *chalchihuitl* y desnudas también las piernas con abrazaderas de oro en las pantorrillas y *cactli* azules; en la mano siniestra el *chimalli* azul, profusamente adornado de plumas rojas, azules, verdes y amarillas, y en la diestra una lámina de oro y rojo aguda y ondulante, que representa el rayo; el cuerpo untado con el negro *ulli* sacramental, y toda la figura levantándose entre las almenas de un templo. Se ve siempre el rostro de este dios cubierto con una máscara sagrada que le es especial: tiene los

ojos redondos y por cejas unas curvas azules, que bajan en su extremidad y después se encorvan hacia arriba, y de su labio salen los dientes largos y agudos. Los ojos simbolizan las nubes y los dientes expresan las lluvias y los rayos.

Tenemos, entre otras, una pintura del códice Borgiano, en que se ve al dios *Tlaloc* en la casa ó *calli* de la luna; tiene delante dos vasos sagrados con piés



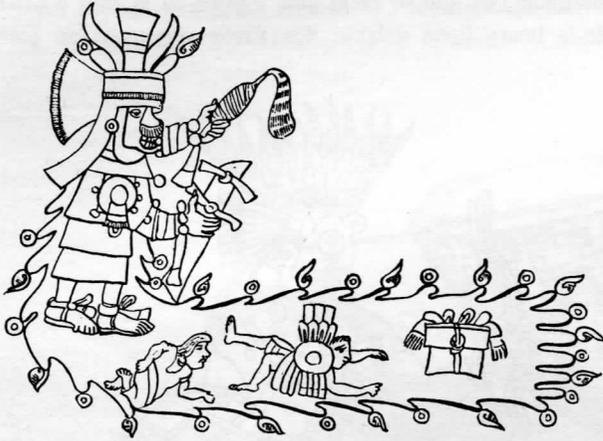
Tlaloc

azules, el azul es el color jeroglífico del agua y de la luna; el dios está sentado en la silla señorial y en su tocado y en su ojo se ve el signo de la luna. Ya hemos visto que ésta andaba, según las creencias nahoas, en el cielo de las nubes, de donde se desprendían las lluvias. Es, pues, íntima la relación entre este astro y *Tlaloc*.

Los nahoas buscaronle mujer al dios de las lluvias y por tal le dieron á *Chalchiuhtlicue*. Es ésta la diosa de los mares y de los lagos, de los torrentes y de los ríos; es *la de la falda azul*. En las pinturas se la representa con un tocado azul con gotas de agua, de cuyo centro sale vistosamente una caña, *ácatl*; el rostro y las manos son amarillos como de mujer; el traje es azul, color del agua; los piés amarillos tienen *cactli* blancos; en la siniestra mano empuña un huso, *malácatl*, para hilar el algodón y lleva en la diestra el *chote* ó *chochopaxtli*, instrumento para tejer. Sale de su cuerpo y se extiende por sus piés en forma de larguísima cauda azul el símbolo del agua, cuya corriente

arrastra el *itácatl* de un mercader, á un guerrero y á una mujer: manera conceptuosa de significar que el tiempo, como el agua, todo lo arrastra y destruye, riqueza, poder y hermosura.

Contaba la leyenda que *Tlaloc* tenía en el patio de



Chalchiuhtlicue

su aposento cuatro grandes barreños de agua, uno de las lluvias buenas, otro de las nieves y dos de lluvias malas, y que para llover creó á los *tlaloques*, que son las nubes, los cuales tomaban el agua de los barreños con unos cántaros y empuñaban unos grandes palos: cuando les mandaban llover vaciaban el agua de los cántaros; cuando pegaban á éstos con los palos, tronaba, y si caía algún trozo del cántaro roto, era un rayo.

Creados el sol por el fuego y la luna por el agua, tenemos al viento, personificado en *Quetzalcoatl*. Ya hemos visto que en la leyenda nahoa, *Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuahatl*, el sol y la tierra, tuvieron por hijos á *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca*. *Quetzalcoatl* es la



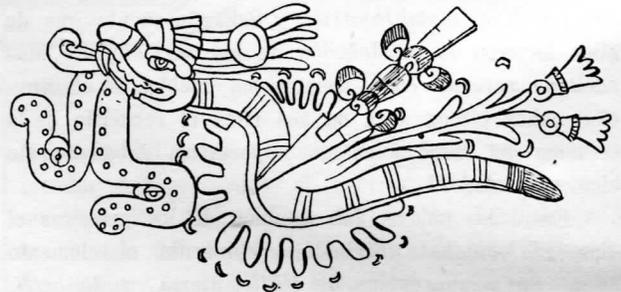
Estrella de la tarde

estrella de la tarde. Como á los helenos llamó la atención el lucero de la mañana, que brotaba de las ondas del mar que al oriente tenían, así les llamó á los nahoas habitantes del Pacífico el astro vespertino que flotaba en las olas del horizonte. Su luz, reflejando en el movedizo oleaje, debió hacerlo aparecer como brillante culebra, y al deificarlo le llamaron *Quetzalcoatl*. Compónese esta voz de *coatl*, culebra, y *quetzalli*, pluma del hermoso pájaro *quetzal*, que también se toma en la acepción de bello. De manera que el

nombre significa *culebra preciosa*, y para escribirlo jeroglíficamente se pintaba una culebra con plumas.

Encontramos en los jeroglíficos diversas maneras de representar á este dios; pero las creemos de épocas posteriores á la nahoa. Las primeras debieron ser la fonética, de que acabamos de hablar, y la simbólico-figurativa, que consiste en un círculo adornado del cual sale la luz de la estrella. En el Museo existe una piedra á manera de mitra en que el símbolo está repetido cuatro veces, lo que se relaciona con lo que Sahagún nos cuenta de ese astro; pues decían los indios que al salir hace cuatro arremetidas, á las tres luce poco y se vuelve á esconder, y á la cuarta sale con toda su claridad y sigue su curso.

A propósito de esta estrella dice la tradición que primero hicieron los dioses un medio sol que es *Quetzalcoatl*: manera expresiva de significar que su brillo es menor que el del astro del día. Así muchas veces vemos á *Quetzalcoatl* con un medio sol, como en la pintura



Quetzalcoatl. (Culebra con plumas)

del *Ehecatonatiuh*, y otras nada más ponían el medio sol para significarlo.

*Tezcatlipoca* es la luna. Cuando por primera vez y sin precedente en los autores lo dijimos, púsose en duda; mas después se aceptó aún por el mismo señor Orozco. Que es la luna lo manifiesta el significado de su nombre: *espejo negro que humea*, y lo expresa su jeroglífico en la primera trecena del *Tonalámatl*. Allí se ve el círculo del astro, rodeado de unas lengüetas amarillas, que son la representación jeroglífica del humo. Era, pues, idea de los nahoas que la luna humeaba, acaso por la vaguedad que á ocasiones tiene su luz ó porque humo negro parece á veces la parte no alumbrada del astro que se percibe al reflejo.

En su representación como dios fué variando mucho *Tezcatlipoca* en épocas posteriores. Se le ponía el rostro rojo para expresar que alumbraba; se le coronaba de plumas verdes adornadas con los símbolos del humo; su cuerpo era azul y tenía por ornato una media luna, y ponían á sus piés una cabeza de culebra saliendo de un símbolo del agua que brota de una luna llena. Esto último explica la tradición de Sahagún de que la estrella de la tarde recibía su luz de la luna.

Mucho tendremos que extendernos después sobre

este dios; pero en la época nahoia no representaba más que á la luna, como *Quetzalcoatl* era entonces solamente la estrella de la tarde. Para los nahoas el dios-astro principal era el sol, que se confundía con el fuego y se tornaba en el creador *Ometecuhli*: la luna y la estrella eran todavía astros secundarios; pero desde aquella época comenzó á formarse la leyenda astronómica de su lucha, que tanto influyó después en los destinos de la raza.

Cuenta la leyenda que hecho medio sol *Quetzalcoatl*, como quiera que no alumbrase lo bastante,



Tezcatlipoca

*Tezcatlipoca*, la luna, se convirtió en sol. Dice textualmente la tradición: «Los cuatro dioses vieron como el medio sol que estaba criado alumbraba poco y dijeron que se hiciese otro medio para que pudiese alumbrar bien toda la tierra. Y viendo esto *Tezcatlipoca* se hizo sol, *al cual pintan como nosotros.*» En efecto, el sol y la estrella de la tarde tienen como astros forma convencional; pero si la luna lo tiene como dios, cuando como astro se la considera, se le pinta de *espejo humicante*, tal como está en el *Tonalámatl*. Se ve el círculo que representa el espejo encuadrado en dos circunferencias concéntricas, la primera roja, para expresar que es un astro que da luz, y la segunda amarilla y adornada con las lengüetas simbólicas del humo; entonces es la luna llena. El jeroglífico del *Tonalámatl* es muy expresivo, pues una mancha curva forma en el círculo lunar la semejanza del creciente, y una faja parecida corta la cara del dios y atraviesa su ojo, que es de figura de estrella, es decir, un pequeño círculo mitad rojo y mitad blanco, manera siempre usada en la escritura nahoia para significar un astro. En diversas pinturas se ve claramente representado el cuarto cre-

ciente, y solamente en las puramente astronómicas se usan las figuras simbólicas.

Pues bien, desde que *Tezcatlipoca* se hizo sol, comienza la lucha astronómica de la luna y la estrella de la tarde. Ya es entonces *Tezcatlipoca* la luna llena dominando en el cielo toda la noche, pues sabido es que en esa época de su evolución sale á las seis de la tarde y se pone á las seis de la mañana. Así, esta primera victoria de *Tezcatlipoca* sobre *Quetzalcoatl*, se refiere á la época en que los nahoas, habitantes de las costas del Pacífico, veían á la estrella de la tarde hundirse en el mar por el poniente, mientras la luna llena se levantaba en el oriente y dominaba el cielo toda la noche.

Pasado el tiempo y hecha la revolución de la estrella, de manera que desapareciendo en la noche se veía en la mañana, casi en la aurora, debía observarse el fenómeno opuesto: la luna llena, que durante la noche había dominado el firmamento, desaparecía en el poniente al comenzar el día, mientras se levantaba en el oriente la estrella: á su vez *Quetzalcoatl* vencía á *Tezcatlipoca*. Tal es, en efecto, la segunda explicación astronómica de la tradición cosmogónica que dice que *Quetzalcoatl* fué sol y dejólo de ser *Tezcatlipoca*, porque le dió con un gran palo y lo derribó en el agua.

Pues, además, por esta lucha se explican en la misma tradición los soles cosmogónicos. Dice, en efecto, que primero había un medio sol, *Quetzalcoatl*, que apenas alumbraba; pero que *Tezcatlipoca* se hizo sol y fueron creados los gigantes. Es la primera edad la de los grandes paquidermos. Pero pasado cierto tiempo, *Quetzalcoatl* dió un palo á *Tezcatlipoca* y lo derribó en el agua: allí éste se hizo tigre y salió á devorar á los *quinamétzin*. Aquí tenemos, al fin de la primera época, el *Atonatiuh* simbolizado en la caída de *Tezcatlipoca* en el agua. La destrucción de los paquidermos y la edad de las cavernas ó *Ehecatoniuh*, se representan con la metamorfosis de *Tezcatlipoca* en el tigre que sale á devorar á los *quinamétzin*. Entonces *Tezcatlipoca* dió una coz á *Quetzalcoatl* y lo derribó y quitó de ser sol. Tercera época, el *Tletonatiuh*; y es el significado de la lucha astronómica, fin del período matutino de la estrella y principio de su nueva revolución doble. Así los nahoas, siempre dados al simbolismo, adunaban sus tradiciones y leyendas.

Tres son los astros que sirvieron á los nahoas para la formación de su cronología, los tres de que hemos hablado; y bajo este aspecto, de la unión de los tres formaron un nuevo dios llamado *Totec*. Su nombre quiere decir literalmente *nuestro señor*, como si pretendieran expresar que era el principal de los dioses. No es oportuno el que tratemos extensamente de él ahora: nos basta en este momento consignar su existencia y su significación astronómica. Siendo el sol el astro nahoia por excelencia, á veces se personifica en él; pero si

quisiéramos dar de pronto una idea aproximada de esta nueva concepción teogónica, diríamos que *Totec* era el tiempo.

Pasemos al cuarto astro *nahoa* y al cuarto elemento, la tierra. Si el sol era el *Tonacatecuhtli*, el señor de nuestra carne, el que nos alimenta, la tierra, para formar con él el *Ometecuhtli*, era *Tonacacihuatl*, la mujer de nuestra carne, la alimentadora de la humanidad: el sol da vida con su fuego á la tierra y ésta produce los frutos y las cosechas. La tierra, como esposa de *Tonacatecuhtli*, es la madre de *Cipactli*, el día, y de *Oxomoco*, la noche. Como *Oxomoco*, unida á *Cipactli* en el *omeycualiztli*, produce con él la flecha del tiempo.

Ahora se nos va á presentar con otros dos nombres: *Coatlicue* y *Chimalma*. La diosa *Coatlicue* es, según significa su nombre, la de la enagua de culebras. Así como los *nahoas*, al contemplar el mar en las playas del Pacífico, llamaron con tan poética propiedad á la diosa del agua, la de la falda azul ó *Chalchiuhtlicue*, natural fué que en aquellas costas, pobladas de innumerables culebras, llamasen á la tierra la de la falda de culebras ó *Coatlicue*.

El otro nombre, *Chimalma*, necesita, para ser bien entendido, el que conozcamos su etimología. *Chimalli* significa escudo, que era redondo entre los *nahoas*, y *maili* quiere decir mano: así es que, si siguiéramos las reglas comunes de la traducción de las palabras compuestas, interpretaríamos *Chimalma* por escudo de la mano ó mano del escudo. Pero jeroglíficamente la mano expresa muchas veces la acción de esta parte de nuestro cuerpo. El dios del fuego, como puede verse en el brasero que está en el Museo, se representa con varias manos, y entonces éstas significan su poder creador: confirma esto el relieve de la Piedra del sacrificio gladiatorio, pues ahí está *Xiuhtlel* mostrando varias manos en el adorno de su traje. Por lo tanto, podemos decir que la mano del jeroglífico de *Chimalma* manifiesta el poder creador ó productor de la tierra.

Pero si la mano explica la acción de crear, ¿qué significa el escudo redondo? Hemos visto que en la pintura de la creación de los cielos se representa á la tierra con el cuadrado *tlalli*; es de esa manera el terreno que se siembra y en él se ven los surcos y las plantas; pero como astro pintábanlo circular, y no está así solamente en la Piedra del sacrificio gladiatorio; circular también y en forma de escudo con uno de sus símbolos, se ve empuñada por el dios del fuego en el código Borgiano. Esto hace pensar que los *nahoas* habían comprendido que el astro tierra es redondo. Veían así al sol, á la luna y á las estrellas, y de esa manera pintaban á los astros. Siempre para representar una estrella ponían un círculo mitad rojo y mitad blanco. En la pintura citada del código Borgiano, la luna con su símbolo *calli* es redonda y lo es la estrella de la tarde

con su signo *técpatl*. Natural fué que teniendo á la tierra por astro, como á los otros astros la pintaran redonda. Por eso la llamaron *Chimalma*, nombre muy significativo y del cual pudiera hacerse la paráfrasis, diciendo que la tierra es el astro redondo que crea y produce, el que alimenta á los hombres.

*Chimalma*, en la leyenda, es la madre de *Quetzalcoatl*. Torquemada da cuenta de esta tradición: en ella se dice que *Quetzalcoatl* era hijo del ídolo *Camaxtli*, que tuvo por mujer á *Chimalma* y de ella cinco hijos. Otros decían que andando barriendo la dicha *Chimalma*, halló una piedra verde de *chalchihuitl* y se la tragó; de lo que resultó en cinta y que tuviese por hijo á *Quetzalcoatl*. Como veremos más adelante, *Camaxtli* entre los teochichimeca ó tlaxcalteca es el sol, el fuego creador. La madre es *Chimalma*, la tierra. Y en efecto, al hundirse el sol en el poniente, reposando sobre la tierra como en cariñoso abrazo, brota entre el crepúsculo la estrella de la tarde cual si naciera de esos amores de sol y tierra.

Como *Coatlicue* y *Chimalma* son la misma deidad, el mismo astro tierra, en otras leyendas se sustituye el primer nombre al segundo. *Coatlicue*, la madre de *Quetzalcoatl*, la de la enagua de culebras, la diosa tierra, está representada en el más hermoso ídolo que tiene el Museo Nacional, en el que se ostenta magnífico y grandioso en el centro de su patio. Como la Piedra del sol, estaba enterrado en la Plaza Mayor, y ambos monolitos fueron descubiertos en la misma época. ¡Extraña coincidencia! Los dos dioses creadores de los *nahoas*, el sol y la tierra, aparecían otra vez juntos, saliendo de los escombros enterrados del que antes fué templo mayor de los mexica.

Este ídolo representa á la diosa tierra: esa deidad es *Cihuacoatl*, la mujer culebra, progenitora del primer par de donde desciende la humanidad; es *Coatlicue*, la de la enagua de culebras; es *Cihuacoatl*, el dios mujer. En efecto, representa el ídolo á una mujer, como se manifiesta por sus pechos, y así es el dios mujer, *Cihuacoatl*. La parte superior es la cara de una culebra, cuyo cuerpo se enreda en el de la mujer, terminando su cola en la parte inferior. La culebra enroscada en la mujer nos da el otro nombre de la diosa tierra, *Cihuacoatl*. La enagua está elegantemente adornada de borlas y plumas, y puede decirse que es un tejido de culebras: lo que nos expresa el otro nombre, *Coatlicue*, la de la falda de culebras. Las bolsas de copal que se ven en esta estatua significan el sacrificio y la adoración: se encuentran también en el dios *Quetzalcoatl*, pero nunca en los dioses que representan al sol en sus diversas manifestaciones. Parece que se ha querido expresar con esto que la tierra y la estrella de la tarde son los sacerdotes del astro padre, del creador *Ometecuhtli*. Las muchas manos que tiene la figura son símbolo del poder productor de la tierra,

*Chimalma*. La tierra es además, como *Oxomoco*, representación de la noche, y como *Mictlancihuatl* lo es de la muerte, es el seno amoroso de una madre en que van á dormir el sueño eterno sus criaturas; de aquí los adornos de calaveras que tiene la estatua.

Ya hemos visto que en la noche, el sol al hundirse en la tierra, se convierte en *Mictlantecuhтли*, señor de los muertos; queda debajo de ella; y esto se expresa en el relieve que está debajo de la diosa. Así, pues,

*Coatlícue* es la tierra en la noche, cuando el sol está hundido, y aparece *Quetzalcoatl* en el horizonte, ya como estrella de la tarde, ya como lucero de la mañana: lo que se manifiesta con las dos cabezas de culebra que se ven una á cada lado sobre un *técpall*, símbolo de aquel dios. De esta manera *Coatlícue* se confunde con *Mictlancihuatl*, diosa de la mansión de la muerte, y esto se expresa más claramente en otras dos estatuas de aquella diosa que hay en el Museo. La más notable



Coatlícue

tiene por cabeza una calavera adornada de grandes turquesas; las manos están en actitud de hacer presa y las tiene encallecidas de tomar hombres para la muerte. Su enagua de culebras patentiza que es *Coatlícue*.

Todavía encontramos en la teogonía nahoa otras dos deidades que son representación de la tierra. Considerado nuestro planeta como productor de las flores y de los arbolados, es la diosa *Xochiquetzal*, nombre que significa *flor hermosa*, y viendo en ella á la divinidad de la agricultura, llámase *Centeotl* ó diosa del maíz.

Del mismo modo que de los cuatro astros formaron

los nahoas sus cuatro grandes deidades celestes; de ellos también hicieron sus cuatro grandes dioses de la muerte. Ya hemos visto que el sol, tornado en *Tzontemoc*, se vuelve *Mictlantecuhтли*, señor de la mansión de la muerte, y que es su esposa la tierra *Mictlancihuatl*. Además de éstos nos muestran otros las pinturas del código Vaticano. Vemos ahí á *Ixpuxteque*, de quien el Intérprete dice candorosamente que es el mismo Satanás, y tiene por compañera á *Nexoxocho*. Examinando los símbolos del dios infernal se observa que son los mismos de la luna *Tezcatlípoca*. Se pinta

á *Ixpuxtec* con piés de águila, y de él se decía que andaba en las noches por las calles y los caminos. La tercera deidad es *Nextephua*, que tiene por mujer á *Micapetlacoli*. En ese dios se ven los símbolos de la estrella de la tarde, y por repetirse en el cuarto, creemos que se refiere al lucero de la mañana. El Intérprete lo llama equivocadamente *Contemoque* y *Chalmecacihuatl* á su compañera, aunque por sus signos, como la anterior mujer, parece ser la luna.

Así vemos en todo á los cuatro astros, y á ellos también se refieren los cuatro signos cronográficos: *Acatl* significa el sol, *Técpatl* la estrella, *Calli* la luna y *Tochtli* la tierra. De esta manera en un solo sistema unieron los nahoas su cosmogonía, su teogonía y su cronología, pasmando verdaderamente sus admirables combinaciones.

Réstanos sólo hablar de la diosa *Mixcoatl*, cuyo nombre quiere decir *nube en forma de culebra*. En una de las pinturas del códice Borgiano se ve á la diosa *Tonacacihuatl* representando la tierra en la noche; en

su diestra empuña una nube en forma de culebra y sembrada de estrellas: es la vía láctea llamada *Mixcoatl* ó *Citlalcueye*, la de la falda de astros. En una leyenda, *Mixcoatl* es la madre de las estrellas, como si creyeran los nahoas que la nebulosa las había producido. En otra se confunden *Tezcatlipoca* y *Mixcoatl*, y tiénela una tercera por camino de la luna y de la estrella de la tarde y lugar en que residen esos dos astros.

Concluídas las creaciones astronómicas, perfecta la teogonía, vino la creación del hombre. Hemos visto que en una de las tradiciones los dioses crean á los macegales, mandándoles que vivan del trabajo; y esta formación se precisa más en la otra leyenda, en la cual la tierra, *Cihuacoatl*, produce el primer par por la acción del dios del fuego. El fuego, creador general por su influencia sobre la tierra, hizo que ésta produjera á los hombres. Y así quedaron creados los cielos y los dioses, y en la tierra el hombre, rey de la creación.